LA CLAVARIESA

Cuento ambientado en Burjassot de B. MORALES SAN MARTÍN

[Revista LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA, n. 1.725 (18-01-1915), p.63-64; dibujo de Carreres]

... desde su asiento contempló durante el santo sacrificio a su mujer

I

María Roseta o Roseta, como familiarmente la llamaba todo el pueblo, era la muchacha más buena y rica de Burjasot. Su bondad era mayor que su belleza, que no llegaba ni siquiera a lo que ha dado en llamarse una mujer vistosa o bonita. Morena, de un moreno bronceado, y con ojos de un fuego adormecido que nadie vió relampaguear nunca con pasión, el conjunto de su rostro no desentonaba al lado de las mozas realmente bellas; pero pasaba inadvertido aún entre las jóvenes simplemente guapas. Al acercarse a ella los mozos enamoradizos y galantes, se alejaban presto de aquella morena esfinge de pelo negro como ala de cuervo y rizado en ondas, porque sus ojos grandes y profundos, pero adormecidos, y su palabra mansa y pobre decían que Roseta era un alma enigmática o una mujer sin corazón.

Y a pesar de su apariencia de esfinge dormida, pétrea, muda, Roseta tenía su alma en su almario; pero tan escondida, que eran torpes los ojos de los mozos de Burjasot para llegar hasta ella. Tímida y casta por naturaleza, temblaba la pobre niña al pensar que alguno de aquellos inquisidores ojos penetraran en el santuario de su pecho y descubriera los misterios de amor y los tesoros de ternura que atesoraba en él.

Por aquellos tiempos lucía su gentileza y garbo en Burjasot un chaval de pobrísima hacienda, guapo y apuesto, alegre y pendenciero, más amigo de músicas, jaranas y meriendas que del trabajo. Conocíasele una novia cada mes y un cortejo cada semana... Llevaba uncidas a su carro victorioso tantas bellezas huertanas víctimas de su inconstancia, que acabó el mozo por no poder acercarse a hablarle de amores a ninguna moza honesta y cuidadosa del buen parecer...

Y por una ironía del destino, que se complace en concertar a veces lo más dispar y heterogéneo por un capricho de su misterioso arte, de esta bala perdida, del gentil y casquivano Luciano, era de quien se había prendado con pasión incurable la infeliz doncella de ojos negros de tranquilo mirar; él era el único que había logrado conmover las puertas del santuario que guardaba Roseta cerradas herméticamente..., dispuesta a abrírselas de par en par apenas el mozo llamara a ellas, sea como fuere.

Y fueron esposos la moza sufrida y buena y el mozo alegre y pendenciero... Ella siguió su vida obscura y laboriosa, rigiendo su casa y hacienda, como venía haciéndolo desde la muerte de sus padres. El... no alteró tampoco su vida de soltero: de jota en jota y de baile en baile, de taberna en taberna y de pueblo en pueblo, pasaba la vida lejos de su mujer el que ya era por derecho de conquista el labrador más rico de Burjasot y de sus contornos.

Roseta, triste y resignada, esperábale siempre amorosa después de sus correrías, siempre con los brazos abiertos, siempre sonriente, y con fuego de pasión en sus ojos negros y profundos, que ya relampagueaban de amor y de celos. A la vez supo lo que era amar y sufrir; pero Luciano era suyo: el único antojo, el único deseo, la única pasión de su vida se habían cumplido y realizado, ¿qué importaba que su vida fuera la de una mártir de amor y de la fe conyugal?

– ¡De todos los casamientos que se hacen al año, uno lo concierta el diablo!

– ¡Y ese fué el de Roseta!, decían en voz baja las comadres del pueblo.

Y no andaban descaminadas, porque la pobre enamorada sólo fué feliz un día: el de sus bodas. Su idilio no duró quizás más que una noche, quizás un momento... La noche siguiente a la de su casamiento ya salió de su casa Luciano, recogiéndose a ella cuando la luz del alba plateaba la inmensa vega y el blanco caserío de los cien pueblos que como bandada de palomas se posaban sobre la verde alfombra levantina.

– ¡Tan pronto, Dios mío!, gemía la abandonada esposa en su frío lecho conyugal. Yo creí que me guardaría Luciano algunos meses, algunas semanas, algunos días de fidelidad... ¡Ah! ¡Sólo un día feliz! ¡Sólo una noche de amor! ¡Virgen santa, qué boda la mía! ¡Qué pronto me veo sola otra vez!, seguía gimiendo en la soledad de la cámara nupcial la pobre huérfana de padres y de amor.

II

Llegaron las famosas fiestas que Burjasot dedica a la Virgen de Agosto y costea la cofradía de las casadas, a la cual pertenecía Roseta y era el año aquel «clavariesa mayor». Ocioso es decir que siendo clavariesa la mujer más rica y generosa del pueblo, serían las fiestas suntuosas, espléndidas y magníficas.

Ni poco ni mucho preocupó a Luciano que su mujer fuera clavariesa mayor y que llevara el peso de la organización de las fiestas. Díjole que compromisos con sus amigotes de Borbotó o de Poterna ó de Benimámet le impedirían asistir a las fiestas, y se largó con viento fresco.

Mordió Roseta su despecho y su afrenta y, triste y resignada como siempre, siguió su camino de amargura y olvido llena de fe su alma y de amor su generoso corazón.

Y llegó el día de la Virgen de Agosto.

Luciano había salido de madrugada de su casa y Roseta estaba en su alcoba hecha un mar de lágrimas, vistiéndose sus galas, disponiéndose a asistir a la misa mayor con el corazón deshecho. Fué a salir, un poco más serena, de su casa, rodeada de sus amigas, cuando tropezó con Luciano, que tornaba mustio y cariacontecido, por la ausencia de los compinches con quienes había concertado cierta jira para aquel día precisamente.

Al verse frente a frente marido y mujer, ella, que desde el día siguiente a sus bodas tuvo a empeño no componerse y emperejilarse nunca porque no casaba bien su tristeza con las galas, tornóse roja como las guindas al ver a su marido contemplándola extrañado...

Cubría la cabeza de Roseta rica mantilla, que encuadraba su rostro encendido de rubor como el de una Virgen morena. Vestía valioso traje de seda a usanza huertana. Su tocado de labradora, los precio-

sos zarcillos de perlas en forma de racimos; el vistosísimo alfiler del pecho cuajado de perlas, cuyo delicado oriente las hacía parecer gotas de cuajado rocío, todo realzaba su figura airosa y embellecía su rostro moreno con inusitados encantos. Sostenía su diestra labrado cirio que temblaba como el pañuelo de encajes con que lo cogía su mano, y no avanzó un paso para salir esperando que Luciano, que la devoraba con los *ojos, hablara*.

Su marido, inmóvil en la puerta, la contemplaba quizás por primera vez desde sus bodas con arrobo y anhelo.

Acercóse a ella pausadamente, y midiendo las palabras y con acento que a Roseta le llegó al alma, le preguntó sonriendo:

– ¿Dón-de vas... tan gua-pa?

Encendióse más y más en oleadas de rubor la pobre mujer al verse galanteada por su marido y cuando pudo respondió torpemente:

– A la misa mayor... Es hoy la fiesta... y me esperan las demás clavariesas... ¿No lo sabías?

– ¡Ah! ¿Sí? Pues también voy... Vamos allá...

– ¿Tú..., Luciano..., conmigo?, murmuró entre esperanzada y dudosa la infeliz mujer.

– Sí. ¿Por qué no? ¿No soy tu marido? Es decir..., si la señora clavariesa mayor consiente que la acompañe yo..., replicó él entre avergonzado y audaz.

– ¡Oh! ¡Sí, sí!

Y la enamorada esposa no pudo sostener por más tiempo su afectada tranquilidad y cayó en los brazos de su marido y señor soltando el río de sus contenidas lágrimas. Luciano la estrechó contra su pecho con amor por primera vez... Aquel rostro cuajado por el rocío de sus lágrimas estaba realmente hermoso, Luciano lo sintió así y murmuró al oído de su mujer:

– ¡Soy indigno de ti..., no te merezco, re-Judas! ¡Pero yo..., yo volveré a serlo!

Levantó la cabeza la abnegada esposa, y sonriéndole a través de sus lágrimas con santa indulgencia, le dijo con voz dulcísima:

– ¡Ya lo eres!.. ¡Siempre lo has sido para mí! ¡Luciano!..

Pasó aquel momento de sincera y mutua emoción a los ojos de los circunstantes con la rapidez del rayo. Serenóse Roseta; secóse los ojos; miró con indescriptible expresión a su marido y esperó con afán.

– ¿Vamos?, dijo él.

– Vamos, respondió ella.

Y todo el pueblo admiró, primero con curiosidad, con envidia después, a la señora clavariesa mayor y a su marido juntos, dirigiéndose a la iglesia; y exclamaron los ingenuos:

– ¡Milagro, milagro de la Virgen!

– ¿Durará mucho?, decían los escépticos.

III

La misa fué solemne y grandiosa. Escogida capilla llenó los ámbitos del templo de sublimes armonías. Nubes de incienso envolvían y acariciaban a las sagradas imágenes, alrededor de las cuales brillaban prodigiosas constelaciones de luces ..., y Luciano por vez primera ocupó su puesto en el banco del Ayuntamiento, al cual pertenecía.

Desde su asiento, contempló durante el santo sacrificio a su mujer, preguntándose mentalmente si el cambio de sus sentimientos respecto a ella venía de fuera o le salía de adentro.

«Porque..., pensaba, realmente está guapa Roseta... Pero ¿cómo no lo vi antes? Pero ¿era guapa y yo no lo veía... o lo está desde hoy? Pero ¿qué es lo que tiene en el cuerpo y en la cara esa mujer que logra enamorarme de ella?»

Aumentaban su confusión los comentarios que llegaban hasta él borrosamente.

– ¡Qué guapa está la clavariesa! Parece mentira..., decía uno.

– ¡Qué ojos tiene y cómo miran!, añadía otro.

– ¡Su boca parece una granada abierta y fresquísima!

– ¡Qué busto tan arrogante!

– Pues ¿y el talle?

– ¡Parece otra!

– ¡Y cómo la mira su marido, el muy truhán!

– ¿Quién, ése? No lo creas; a ése le gustan todas menos su mujer...

– Pues hoy está encandilao mirándola.

Y lo que de estas frases llegaba hasta los oídos de Luciano le encendían en ira y en celos, sino era también de vergüenza a la par.

Al salir de la misa, entre la atronadora algarabía de las campanas, el órgano, las tracas, las músicas y los vítores de la gente, Roseta sufrió un desvanecimiento, cayendo pálida y sudorosa en brazos de sus compañeras. Acudió la gente, llamaron a su marido, que acudió presuroso y solícito, lleváronla en volandas a su casa, cercana a la iglesia, a tiempo que tornaba en sí y pedía:

– ¡Agua..., por Dios..., me ahogo!..

Luciano mismo se la trajo presto y fresquísima; abrióse paso entre las tías y las primas de su mujer, *mojó sus sienes, humedeció sus labios exangües* y por primera vez desde el día de sus bodas sintió lo que era la pena de ver enferma a su mujer, no exenta de remordimiento por su pasada y criminal indiferencia...

Roseta pidió que la llevaran a su alcoba: allí sola con su marido y sus más íntimas amigas, mirólos a todos con angustia, singularmente a Luciano, como no atreviéndose a quejarse, a indicar la causa de su mal...

Su marido adivinó que algo deseaba la enferma y preguntó anheloso:

– ¿Qué deseas? Habla, por Dios... ¿Qué quieres, qué te duele?.. Pronto; no sufras...

Roseta, sin atreverse aún a hablar, suspiró profundamente, como si hondo pesar oprimiera su corazón..., y señaló a su oprimido seno. Todas la miraron sin comprender; pero la tía Huisa, que era un lince para ciertos lances, exclamó mirando a Luciano con toda la mala intención que cabía en su alma:

– ¡Pero si ya lo decía yo! ¡Si ha sido una temeridad meterla en la iglesia con aquel gentío, aquella algarabía y tanto tufo de incienso.

– ¿Por qué?, gritó Luciano, exasperado, sin comprender aún; pero adivinando que nuevos sentimientos iban apoderándose de su corazón.

– ¡Pareces el bobo de Coria, hijo!, replicó airada la tía Huisa. ¿No sabes tú... que en el estado en que está tu mujer ha sido una locura dejarla ir?..

Un alarido de león cortó la palabra de la vieja:

– ¿Pero... qué..., es verdad eso que dice esta bruja del demonio?

Y cayó de rodillas delante de Roseta, besando sus manos y rompiendo las cintas de su justillo nerviosamente.

Roseta le dejó hacer, sonriendo complacida y compasiva, respondiendo por ella la ola de rubor que inundaba su rostro moreno y hasta el blanco de sus ojos profundos y enamorados.

Y aquel día fué para la pobre clavariesa mayor el más venturoso de su vida desde sus bodas.

Pasado aquel pequeño susto y repuesta de su pasajera indisposición, su marido invitó a su mesa a lo mejor del pueblo: al señor cura, al padre predicador, al alcalde y prohombres, al músico mayor, a los famosos dulzaineros, y al Nuncio invita si el Nuncio asiste aquel año a las fiestas de Burjasot.

Hizo los honores el apasionado mozo como una persona formal, haciéndose lenguas todo el mundo del repentino cambio de las maneras y del modo de ser del marido de Roseta la Colomina.

Los dos, la mujer embellecida y transformada en espléndida hembra por la maternidad, y el hombre enamorado de ella, aunque tarde, aun a tiempo para hacerla feliz, mirábanse con amor y servían a sus convidados la suculenta paella, los sabrosos fritos, las exquisitas pastas, tortas y dulces, los añejos vinos; ella roja, encendida en rubores, rehuyendo las lisonjas de sus convidados; él complacido, pero acusándose de no haber sabido comprender y estimar el tesoro del cual era dueño sin saberlo hasta entonces.

«He de quererla con toda el alma... a ella sola. Después de todo..., ¿no es mi mujer..., no es mía sola su alma?»

Por la tarde salió la procesión, lucida y vistosa aquel año como ningún otro.

Tras la imagen de la Virgen de la Asunción fueron las clavariesas presididas por la señora clavariesa mayor, a quienes acompañó Luciano con sus amigos empuñando sendos cirios y admirando la belleza espléndida de su mujer revelada a su alma por vez primera aquel mismo día, envidiándola a pesar de que sabía que era toda suya, muy suya...

Acabó la fiesta; terminó el espléndido castillo de fuegos artificiales; apagáronse los ecos últimos de las músicas; restallaba en los aires el último culebreo del último cohete, como la postrera carcajada de fuego y de luz de aquel día venturoso, cuando solos, despojábanse de sus galas en su alcoba los dos cónyuges, cuyo amor reverdecía en día fasto para no morir jamás.

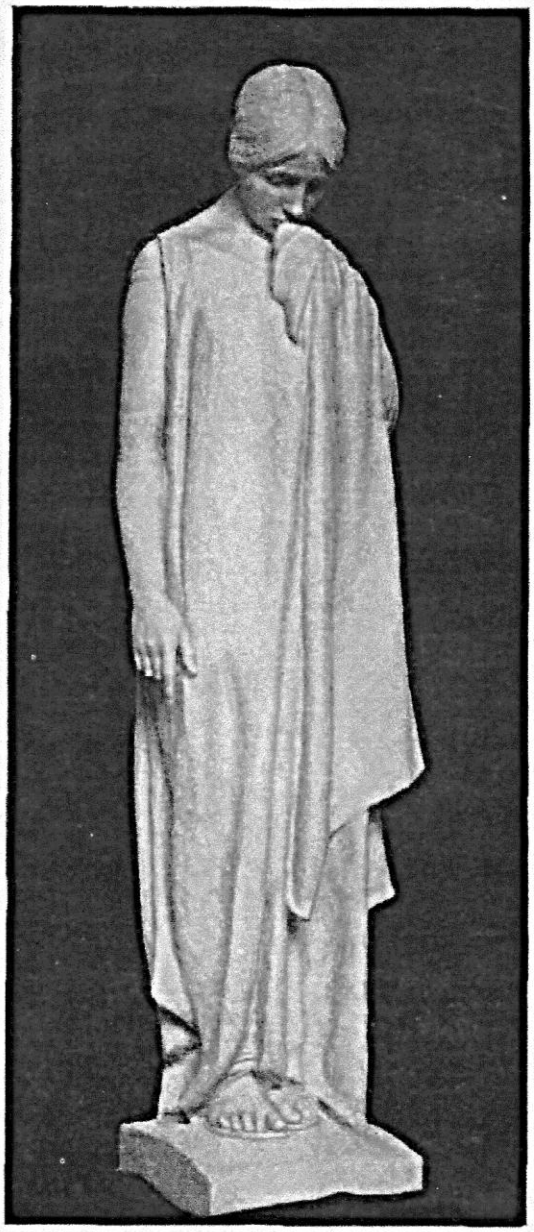
Ella tímida y vergonzosa como la noche de sus bodas; él avaro de aquellos encantos que iba adivinando bajo los sutiles encajes y finísimas batistas..., los dos esposos cayeron instintivamente en brazos uno de otro..., preguntando Roseta con sublime impudor:

– Luciano..., ¿mío..., mío sólo ya y para toda la vida?

– ¡Sí, Roseta del alma!

– ¿Lo juras?

– ¡Sí; por nuestro hijo! ¡Y por un hijo no se jura en balde!, contestó Luciano, sellando su juramento con un beso casto que dejó en la boca roja y perfumada como los claveles de Valencia de la «señora clavariesa», embellecida por milagros de la maternidad y del amor.



Silencio, estatua en bronce de W. Reid Dick
(Exposición de la Real Academia de Londres. 1914.)